

Decíamos ayer, querido lector



EL TELESCOPIO

ROMÁN
PIÑA HOMS

ERA AYER, porque no mucho tiempo más representan estos dos meses transcurridos de silencio, bien para prepararme, bien para ir superando los avatares de una delicada operación destinada a mejorar mi viejo corazón. Y como dicen que lo tengo mejorado, ahí me tienen de nuevo en el ruedo; un ruedo más tenso que en las fechas en que lo dejé. En absoluto festivo, y desde luego con astados que parecen día a día más dispuestos a la cornada traidora que al noble enfrentamiento. Algo tuve claro camino del quirófano: la satisfacción de saber que mi problema dependía de profesionales de la medicina, en lugar de políticos o de hombres del Derecho, la información o las finanzas. Y es que pese a las excepciones,

«De Baltasar Porcel me pareció excesiva la denuncia de tantos años de racismo»

que las hay, los discípulos de Hipócrates siguen conservando con más rigor y técnica que otros profesionales el aura sacra de su llamada a servir.

En estos dos meses de ausencia del ruedo, además de ver de cerca a la hermana muerte y de comenzar a deshojar la margarita de si me tocaría o no tenerla de compañera de viaje, cosa previsible pero no deseable, puesto que los deseos de vivir son innatos en cualquier ser humano, salvo en situaciones límite, pude experimentar lo que es tenerse que preparar para el paso definitivo, y sentir la tranquilidad de que, me vaya a uno o a otro sitio, muchas tonterías habré hecho, pero carbonadas no las recuerdo. Esto relaja lo suyo. Hoy hablamos poco de la muerte, prácticamente nada. Hasta evitamos lla-

marla por su nombre, acudiendo a los típicos eufemismos con los que tratamos de disfrazar o al menos suavizar el dramatismo de lo que nos incomoda. Incluso, dentro del calendario, actualmente todavía cristiano, ayer pagano, en que nuestra cultura ancestral recuerda el llamado «miércoles de ceniza», advirtiéndonos de que venimos de la madre tierra y de que a ella regresaremos, hoy lo que se impone es el largo carnaval que precede al evento y que se prolonga hasta el agotamiento. Se prefiere la bullanga, ser comparsa. Y así nos va, sin tiempo alguno de quitarnos la careta ni de darle a la humana reflexión.

Pero estos dos meses pasados han servido también para otra experiencia: la que acompaña al dolor por la pérdida de seres queridos. Primero Baltasar Porcel. Poco después Miguel Ferrer. El primero, amigo de tiempos de juventud. El segundo, maestro inolvidable, que me impactó en un primer curso de bachiller, en 1948, siendo él un joven profesor de veinticinco años, y que seguiría impactándome toda la vida, porque sus alumnos siempre veríamos en él la solidez del saber, o sea el humanismo en el más pleno sentido de la palabra. Y una circunstancia a reconocer: tanto Baltasar como Miguel, destacadas personalidades del mundo de la cultura, admirables en sus respectivas facetas, serían en cambio radicalmente distintos. Yo diría que Baltasar era histriónico en grado superlativo. En cambio Miguel, que era toda modestia y recogimiento, permanecía alejado de toda clase de teatralidad. Solo recurría al espectáculo para que sus alumnos no se le durmiesen. Y lo conseguía, puesto que sus excentricidades, unas veces con el gesto, otras con la voz, llegarían a hacerse famosas entre los miles de alumnos que le disfrutamos. Otra característica que diferenciaba a ambos, es que Baltasar ni era profesor ni se forjó en ámbitos de una educación esmerada, como Miguel. Fueron la vida y su imaginación y viveza desbordantes, las claves de su rica personalidad. Todo en él era un tanto excesivo, mientras que en Miguel era medido, digamos que adecuado al momento.

Recobré la amistad con Baltasar hacia

1970. Había marchado a Barcelona a finales de los cincuenta, siendo un joven de no más de veinte años, con un futuro más que incierto. Hacia los setenta, ya autor consagrado, nos reencontramos cuando vino a participar como jurado de los premios Ciudad de Palma. Años antes, en 1958, había ganado el de novela de dicho certamen con su obra *Els condemnats*, y tres años después lo volvería a ganar con *Solnegre*. Pensemos que los hoy denostados Ciudad de Palma del franquismo, abiertos al catalán y al castellano desde sus inicios, consagraron a todos los viejos autores mallorquines hoy reconocidos, actuando sus jurados con una apertura ideológica yo diría que a prueba de bombas, puesto que cuando se premiaba a algún joven iconoclasta, bombas llegaban, pero al final terminaban en petardo berbenero.

Sólo una vez me atreví a discrepar abiertamente de Baltasar. Fue con motivo de su obra *Els xuetes. Setcents anys de*

«Las almas nobles como la de Miguel Ferrer no saben lo que es el resentimiento. Sólo el dolor de la deslealtad»

rascisme a Mallorca. Me parecían excesivos tantos años. Había que matizar y dejarlos en trescientos. Pero hoy, a la vista del retorno de la Mallorca profunda y del culto a lo nuestro, creo que me olvidaría de tanta precisión. Con Miguel, el maestro de siempre, enfrentamientos jamás. En la Academia de Estudios Históricos, de la que era el referente indiscutible, podía hacerle alguna que otra broma, pero si me sobrepasaba y se ponía serio, sabía que llegaba la hora de pedir disculpas, unas disculpas que siempre aceptaba con una sonrisa. Las almas nobles como la de Miguel no saben lo que es el resentimiento. Sí, en cambio, lo que es el dolor de la deslealtad, que Miguel llevaba con resignación y la ejemplaridad que tanto necesitamos.



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNÁSAR

La resaca del Nobel

Cuando el teletipo arrojó el nombre de **Herta Müller** como nueva Nobel de Literatura sucedió, en España, algo similar a lo que hubiera sucedido, en el resto del mundo, si el honrado hubiera sido **Pere Gimferrer**. ¿Quién es Müller? ¿Y Gimferrer? A lo primero no sé contestarle –ni en Google encontré un poema suyo– pero sí a lo segundo. El elegante y reconciliado bilingüismo del académico catalán justificaría, por sí mismo, un premio que, dada la heterodoxia de la Academia, no tardará en llegar. Yo también adoro lo desconocido.

Lo que no cuela es que, luego, el Nobel de la Paz recayera en **Obama**, más por sus teóricas metas que por sus logros. O eso creo. Sí, ya sé que la paz es un concepto subjetivo y que la mía –la que disfruto cuando puedo– podría constituir un infierno para muchos de los que me rodean. Y viceversa. No es la relatividad. Es la diferencia. Las diferencias.

Eso lo ignora **Antoni Martorell**. Su corolario nacionalista, a vueltas de la F1 en IB3, se resume con que hacer país es derrochar. Admirable. Sólo nos queda fumarnos las últimas hebras, y su rescoldo, a la salud de **Bárbara Galmés**. A **Antich** –trivial en la crisis del Pacto– no le sació su fiasco en Educación y le buscó otro lugar donde seguir dando la brasa. Está bien. Seguro que en la Oficina de Análisis y Prospección, un ente tan abstracto como ignoto, nos demostrará de lo que es capaz esta mujer. Fijo que nos asombra.



El Mundo del suscriptor (C)
Le invita al
Ballet de Moscú
Director: **Timur Fayziev**
DON QUIJOTE
20 OCT. 22h. AUDITÒRIUM DE PALMA

Descuento Especial

Los suscriptores podrán obtener un descuento del 25% sobre la compra de sus entradas (máximo cuatro) en las taquillas del Auditorium

Más información:
www.factoriacultural.com
Tel. 971765622 - 670872232

UNA PRODUCCIÓN DE FACTORIA DE PRODUCCIONS CULTURALS SL